“El gran problema siempre es el tema del agua”. Una historia ambiental de las misiones religiosas del Río Pilcomayo (Gran Chaco, siglo XX)

Antoine Rousseau
Universidad Paris Cité
Paris - França
antoine.rousseau08@gmail.com

Resumen: En la primera mitad del siglo XX, se abrieron numerosas misiones religiosas destinadas a los grupos indígenas del Gran Chaco. Dirigidas por anglicanos, franciscanos u oblatos, su objetivo principal era inculcarles un modo de vida compatible con la sociedad colonial. A partir del estudio de sus escritos, principalmente los de los anglicanos publicados en el South American Missionary Society Magazine, así como de sus archivos, principalmente los de los oblatos, el objetivo de este artículo es analizar la paradójica situación creada por las condiciones ambientales del Chaco. Los misioneros dependían de los recursos del río Pilcomayo, el agua y el pescado, para garantizar la subsistencia de las personas a su cargo, pero sufrían sus variaciones de su régimen, que les obligaban a desplazarse y reconstruir sus establecimientos. Del mismo modo, la inculcación de nuevas prácticas agrícolas y ganaderas, reto central de su proyecto civilizador, se vio frustrada por las dificultades de abastecimiento de agua. La continuación de las actividades tradicionales de subsistencia y la contratación en los ingenios o en las estancias, que tenían como consecuencia el alejamiento temporal de los indígenas de las misiones, fueron, por tanto, indispensables para garantizar la continuidad de estas últimas.

Palabras clave: Río Pilcomayo. Gran Chaco. Medio ambiente. Indígenas. Misiones.

Introducción

“¡La vida en el Chaco está regulada por la venta de ganado y la lluvia, más que por las normas de ministerios lejanos!”, exclama el anglicano William Flagg mientras se encuentra en el Chaco paraguayo a principios de la década de 1960 (Flagg, 1961, p. 6). Sus palabras dan sentido a la irregularidad en la escolarización de los niños criollos que viven en los alrededores de las misiones anglicanas. Si bien la primera razón tiene que ver con la economía rural y la prioridad que le dan los padres de familia, la segunda se deriva de las condiciones climáticas que complican los desplazamientos en el Chaco. Estas últimas tuvieron una gran incidencia en las estrategias desplegadas por los misioneros para llevar a cabo su labor.

El Gran Chaco es una vasta llanura semiárida formada por montes, bosques secos y esteros. Cubre una superficie de aproximadamente un millón de kilómetros cuadrados en el centro de Sudamérica, abarcando partes del norte de Argentina, el sureste de

Bolivia, el oeste de Paraguay y el Pantanal brasileño. Durante la colonización española de América, la población autóctona permaneció al margen de su control. No fue hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando los Estados independientes comenzaron a afirmar su soberanía sobre este territorio. El objetivo inicial era establecer una presencia militar permanente en la disputada región fronteriza del río Pilcomayo. Esta presencia debía permitir luego el establecimiento de colonos. Durante este proceso, los misioneros desempeñaron un papel fundamental.

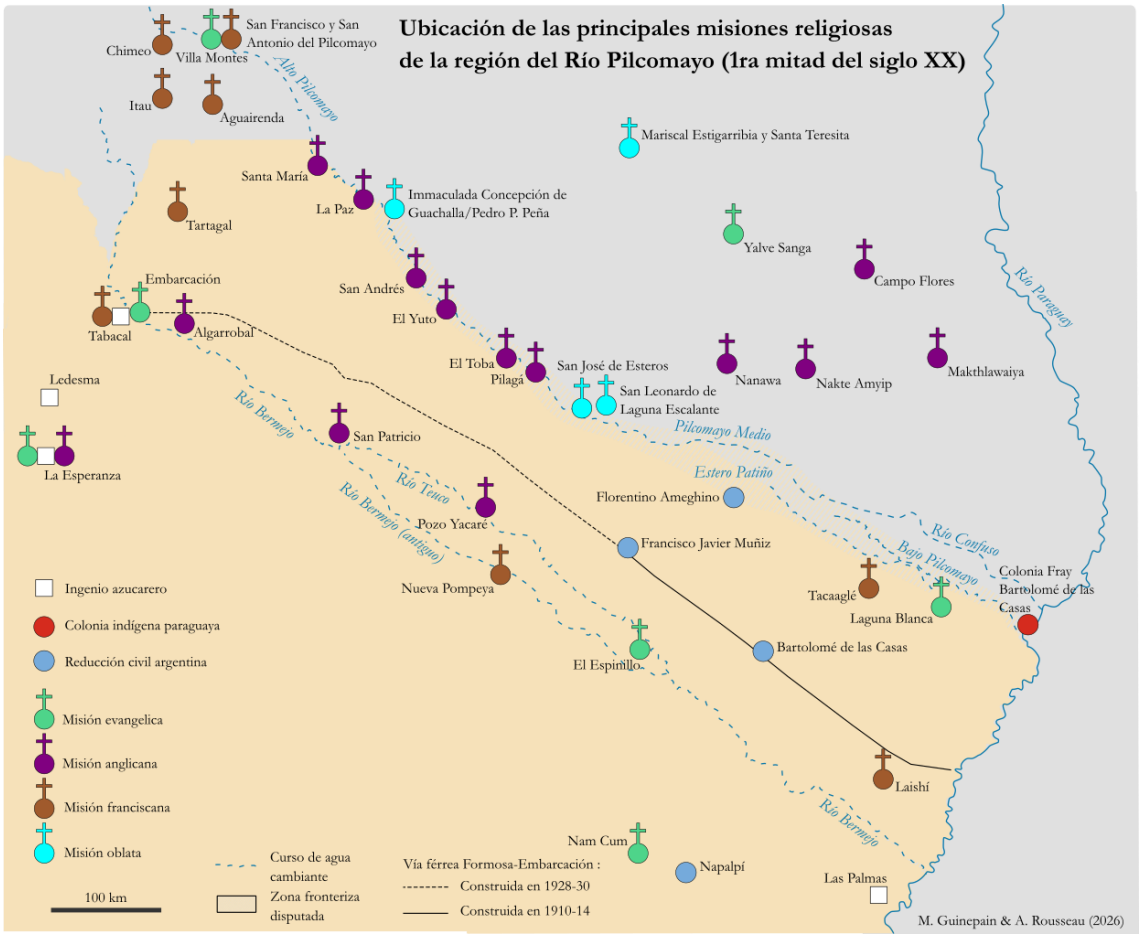
Las órdenes misioneras implicadas son principalmente los franciscanos, los anglicanos y los oblatos. Los franciscanos estaban presentes en el Alto Pilcomayo, controlado por Bolivia desde mediados del siglo XIX, con misiones dedicadas a los chiriguanos. A orillas del Pilcomayo, las misiones de San Francisco y San Antonio, destinadas a los tobas bolivianos y los wichís, se abrieron en 1860 y 1863, respectivamente. Sin embargo, fueron secularizadas por el gobierno liberal boliviano en 1905 para dar lugar a la localidad de Villamontes (Langer, 2009; Combès, 2022). En Argentina, varias misiones franciscanas se establecieron en el Chaco salteño durante la segunda mitad del siglo XIX, pero todas cerraron antes del cambio de siglo. Hubo que esperar varias décadas para que se reanudara su labor desde la localidad de Tartagal. Más al este, se fundaron tres misiones a principios del siglo XX: una en 1900, Nueva Pompeya, a orillas del río Bermejo, y otras dos en 1901, San Francisco de Asís de Laishí, al suroeste de la ciudad de Formosa, y San Francisco Solano de Tacaaglé, en la margen derecha del brazo sur del Pilcomayo (Beck, 1994; Teruel, 2005; Dalla-Corte Caballero y Vázquez Recalde, 2011; Dalla-Corte Caballero, 2014).

Los anglicanos llegaron al Chaco paraguayo en 1891. Tras varias idas y venidas, en 1908 se fundó una nueva estación, llamada Makthlawaiya, para evangelizar a los lenguas. La expansión en Argentina se proyectó al mismo tiempo desde el ingenio La Esperanza en la provincia de Jujuy. En 1911, se fundó una estación cercana. En 1915 se fundó una nueva misión, llamada Misión Chaqueña o Algarrobal, cerca del río Bermejo. Esta se transformó "en el centro axial de la acción anglicana y piedra fundamental desde donde salen los misioneros para abrir las nuevas estaciones" (Córdoba, 2020, p. 41). Hubo que esperar unos diez años para que los anglicanos se instalaran en la margen derecha del Pilcomayo, con la apertura de Selva San Andrés en 1927. Su población estaba compuesta principalmente por wichís, al igual que las de otras tres misiones abiertas en la década de 1930: San Patricio y Pozo Yacaré, a lo largo del Bermejo, en 1933 y 1938, respectivamente, y El Yuto, en el Pilcomayo, en 1936. Sin embargo, también se contactó

con otros grupos étnicos a lo largo de este río: los tobas occidentales, con la apertura de la misión El Toba cerca de Sombrero Negro en 1930, y luego los pilagás, con la de la Misión Pilagá en el lugar conocido como Laguna de los Pájaros en 1935. A mediados de la década de 1940, se abrieron otras dos estaciones más arriba en el curso del río, Santa María y La Paz (Torres Fernández, 2006; Córdoba, 2020).

Mientras tanto, en la orilla izquierda del Pilcomayo, los anglicanos también avanzaron hacia el oeste. Un primer intento de fundar una "Estación Suhin", destinada a los nivaclés a principios del siglo XX, resultó fallido, pero el proyecto se reactivó en 1917 en el lugar ahora llamado Nanawa y funcionó hasta la guerra del Chaco (1932–1935). Se creó otro establecimiento dedicado a los maká, llamado Nakte Amyip, a partir de la década de 1930. Al mismo tiempo, se inauguró más al norte una nueva estación llamada Campo Flores con el fin de retomar el trabajo destinado a los angaités. En ese intervalo, los Oblatos de María Inmaculada obtuvieron en 1925 la autorización del gobierno boliviano para iniciar sus actividades misioneras destinadas a los nivaclés. Se instalaron entonces en la nueva Prefectura Apostólica de Pilcomayo, creada por el Vaticano. La primera misión, San José, se fundó en el fortín boliviano Esteros, al oeste del Estero Patiño. Tres años más tarde, en 1928, se abrió una segunda misión, San Leonardo, cerca de la laguna Escalante. La guerra del Chaco provocó la anexión por parte de Paraguay de la mayor parte del Chaco boreal y las misiones oblatas pasaron a estar bajo su jurisdicción. Unos años más tarde, se fundaron dos nuevas misiones para acoger a los chiriguanos que se habían desplazado hacia el este tras las promesas incumplidas de ofrecerles tierras y la ciudadanía paraguaya: Santa Teresita en Mariscal Estigarribia en 1940 e Inmaculada Concepción en Guachalla al año siguiente (Fritz, 1994 y 1999; Durán Estragó, 2000). Sin pretender ser exhaustivos, cabe señalar que durante este periodo se crearon varias misiones evangélicas en todos los rincones del Chaco (Ceriani Cernadas, 2017).

Figura 1 – Mapa de las principales misiones religiosas en la región del río Pilcomayo



Fuente: M. Guinepain y A. Rousseau, 2026.

La presencia misionera en el Chaco era importante, lo que la convirtió en un elemento clave de los proyectos nacionales de colonización de la región. Como ya ha puesto de manifiesto la historiografía de las misiones en América del Sur en la época contemporánea, los misioneros actuaron como auténticos agentes de colonización y fueron enviados a zonas fronterizas en las que los Estados-nación aún no tenían una autoridad muy consolidada (Langer y Jackson, 1995; Fischer et al., 2025). Estas regiones suelen organizarse en torno a las vías fluviales, que históricamente fueron ejes de circulación y sirvieron para delimitar las fronteras estatales. Diversos trabajos han destacado la importancia de los misioneros en espacios de este tipo, como el río Putumayo o el río Vaupés en la Amazonia (Mongua Calderón, 2022; Cabrera Becerra, 2015) o el río Amacuro (Allard, 2025). La actividad de los misioneros fue múltiple: las tareas de evangelización propiamente dichas ocuparon a menudo solo una parte menor de su labor, ya que era necesario poner en marcha toda una economía política para

garantizar su presencia material (Richard et al., 2021; Allard y Orantin, 2025). Además, investigaciones recientes han estudiado detenidamente el papel de los misioneros en la transmisión de nuevas prácticas agrícolas y ganaderas en las Américas durante la Edad Moderna (Brignon, 2023; Duranton, 2025). Esto también se explica por el hecho de que la formación de los futuros cristianos pasa primero por su "civilización".

Este principio se basa en una concepción, que se remonta a los primeros tiempos del Imperio español, de los indígenas como seres humanos "alterados". Este estado de "degeneración" es tal que no basta con convertirlos al cristianismo. La idea de que es necesario poner en marcha todo un "proceso de regeneración" dirigido a estos hombres "a la espera de ser humanizados" se difundió entre las élites de la época. Con el fin de permitirles alcanzar la redención espiritual, los europeos pusieron en marcha una "empresa de humanización y domesticación de los indios" en la que la disciplina ocupó un lugar central (Doron, 2016, p. 153–169). Esta idea fue retomada en el siglo XIX en las constituciones de las nuevas repúblicas del Río de la Plata. En 1853, la Constitución de Argentina atribuyó al Congreso la competencia de "mantener una relación pacífica con los indígenas y promover su conversión al catolicismo". En 1870, la de Paraguay estipuló que hay que convertir a estos últimos "al cristianismo y a la civilización" (Clavero, 2006, p. 317). Concretamente, se trataba de inculcar una nueva disciplina de vida y de transformar a los indígenas cazadores, pescadores, recolectores y horticultores en agricultores sedentarios. La retórica de esos misioneros europeos insiste en la transformación deseada de estos individuos en ciudadanos con el fin de legitimar su presencia ante las élites nacionales (Ceriani Cernadas, 2017). En la región del río Pilcomayo, en el siglo XX, este proyecto entró en conflicto con el modo de vida tradicional de los grupos indígenas, pero también con las limitaciones ambientales y económicas a las que se enfrentaron los misioneros.

A partir del estudio de sus escritos, principalmente los de los anglicanos publicados en el South American Missionary Society Magazine (SAMSM), así como de sus archivos, principalmente los de los oblatos situados en Mariscal Estigarribia, el objetivo de este artículo es analizar la paradójica situación creada por las condiciones ambientales del Chaco y, en particular, por la disponibilidad de agua. Entre crecidas y sequías, su ausencia o abundancia planteó desafíos a los misioneros que luchaban por garantizar la continuidad de su obra.

Las devastadoras crecidas

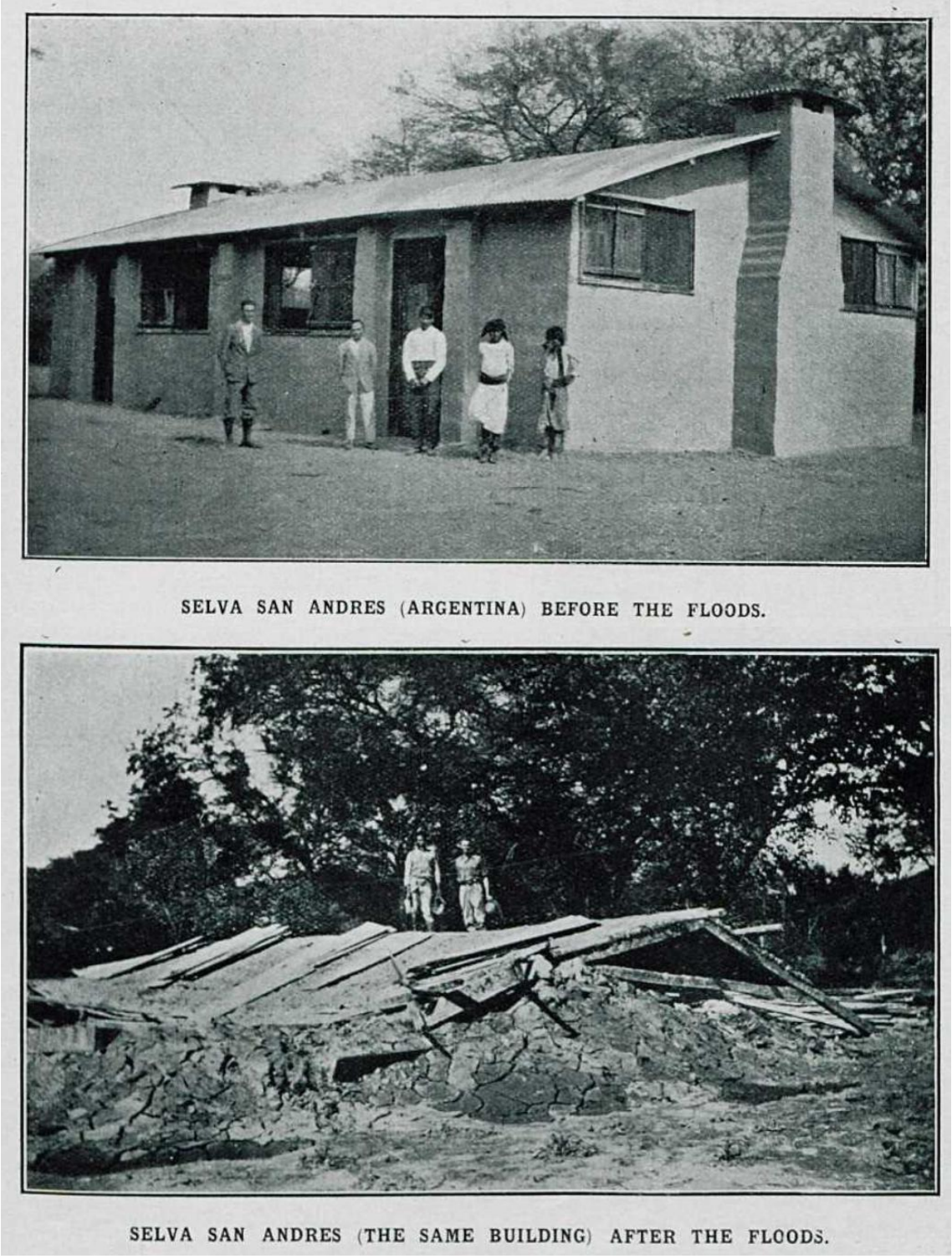
El río Pilcomayo nace en los Andes y luego fluye por las llanuras del Chaco, donde avanza lentamente hasta desembocar en el río Paraguay. A pesar de los esfuerzos de los expedicionarios, este río nunca fue totalmente navegable. En el Pilcomayo Medio, sus orillas descienden progresivamente; su curso, bien encajonado, se vuelve más sinuoso y cambiante, y los millones de toneladas de sedimentos arrastrados desde las montañas llenan su lecho. Este proceso explica por qué la crecida anual del río provoca numerosas inundaciones durante el verano, lo que contribuye a la formación de lagunas y esteros.

Todas las misiones religiosas debieron hacer frente a esta característica ambiental. Cuando se creó la misión franciscana San Francisco Solano de Tacaaglé, Pedro Iturralde explicó que "todo presagiaba un éxito lisonjero cuando desbordó el Río Pilcomayo". En aquel momento, el río cubrió "con sus aguas las tierras más altas de sus márgenes, arrasó todo lo existente, casas, corrales, sembrados; dispersó la hacienda, y obligó a huir al Padre Misionero y sus indios, llevando con indecibles fatigas lo poco que pudieron salvar del desastre" (Dalla-Corte Caballero, 2013, p. 10). De hecho, en 1902 la misión tuvo que abandonar su emplazamiento original, situado en el brazo sur del Pilcomayo, para trasladarse al sur del Estero Bacaldá. La misión sufrió entonces un tercer traslado, hacia 1916, para establecerse a orillas del Riacho Porteño.

Tras esta primera experiencia, hubo que esperar hasta la década de 1920 para que otras misiones se instalaran cerca del Pilcomayo. En esta ocasión se trataba de los oblatos y los anglicanos. En 1928, durante las obras de construcción de la misión oblata San Leonardo, una crecida del río provocó una inundación que obligó a abandonar el lugar inicialmente elegido. Finalmente se encontró otro lugar, a siete kilómetros de distancia. El recuerdo de este acontecimiento se ha transmitido hasta nuestros días, como atestiguan los nivaclés Francisco Saravia (Richard y Capdevila, 2025, p. 572) o Blas García (Vidal, 2021, p. 248).

Del mismo modo, tres años después de la fundación de la misión anglicana Selva San Andrés, en 1930, surgió un problema material importante que los anglicanos no habían tenido en cuenta: "El río se desbordó como nunca antes" y la misión fue destruida (Grubb, 1945, p. 64). Se publicaron dos fotografías para ilustrar esta destrucción. En ellas se ve la escuela de San Andrés antes y después de los estragos causados por la inundación.

Figura 2 – El edificio de la escuela de San Andrés antes y después de su destrucción por la crecida del Pilcomayo en 1930



Fuente: Leake, 1930, p. 93.

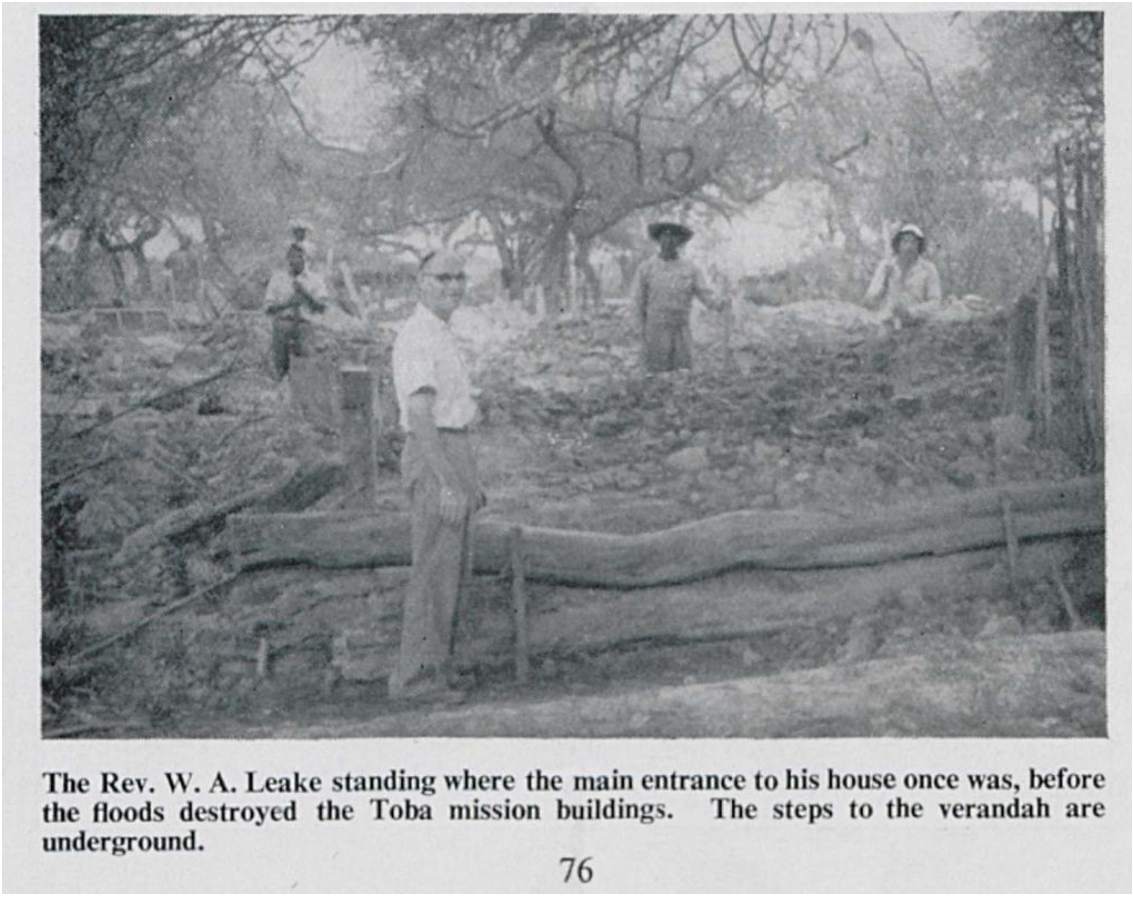
Las demás misiones sufrieron el mismo problema. Un años después de la creación de la misión anglicana El Toba, en 1931, Alfred Leake se explayó sobre el problema que

supone fundar misiones cerca de los ríos, ya que esto las hace vulnerables a las crecidas. El misionero se informó sobre el peligro de las crecidas por parte del comerciante de Sombrero Negro, la pequeña localidad vecina. Su tienda, abierta desde hace trece años en un terreno más bajo que el de la misión, se habría inundado durante diez de esos años. Sin embargo, la duración de estas inundaciones nunca superaba una semana (Leake, 1931, p. 53). Pero, al mismo tiempo, al otro lado del río, un poco más abajo, Pablo Stahl informaba de las "caprichosas e incalculables" inundaciones del río Pilcomayo en San José de Esteros (AVAP, 1931). La crecida del Pilcomayo, que obligó a trasladar el fortín boliviano Esteros en febrero de 1930, también obligó a la misión oblata a desplazarse un kilómetro en febrero de 1931. En 1936, el campamento de la joven Misión Pilagá se inundó, por lo que "los indígenas estaban remando con sus canoas adentro y afuera de sus chozas" (Córdoba, 2020, p. 181). Esas embarcaciones eran cachiveos y permitían a los indígenas conservar su movilidad en un entorno susceptible de inundarse repentinamente.

Después de la guerra del Chaco, a principios de 1944, una inundación especialmente importante se llevó las "enormes riberas que durante años habían marcado los límites del río Pilcomayo" (Revill, 1946, p. 135).[1] La misión El Toba fue la única que fue evacuada parcialmente, pero solo de forma temporal (Grubb, 1945, p. 65). Sin embargo, el matrimonio Revill decidió abandonar el lugar inicial que se había elegido para la misión Santa María y construyó la misión La Paz un poco más abajo. Cinco años más tarde, en 1949, el río se habría desbordado en cuatro ocasiones. La misión San Andrés quedó aislada, rodeada por extensiones de agua profunda, mientras que los tobas occidentales abrieron una carretera de unos cuarenta kilómetros para que el camión de Alfred Leake pudiera llegar a la misión El Toba rodeando las zonas inundadas (SAMSM, 1949, p. 43). La inundación más grave para esta última se produjo cinco años más tarde, en 1954, y las fotografías publicadas dieron testimonio de la magnitud de los daños.

[1] En el original: "The river was at its fullest before the rain came, and soon the waters were flooding the low land and washing away huge banks that had marked the Pilcomayo River boundaries for years".

Figura 3 – Leake y algunos tobas con las ruinas de su casa en El Toba



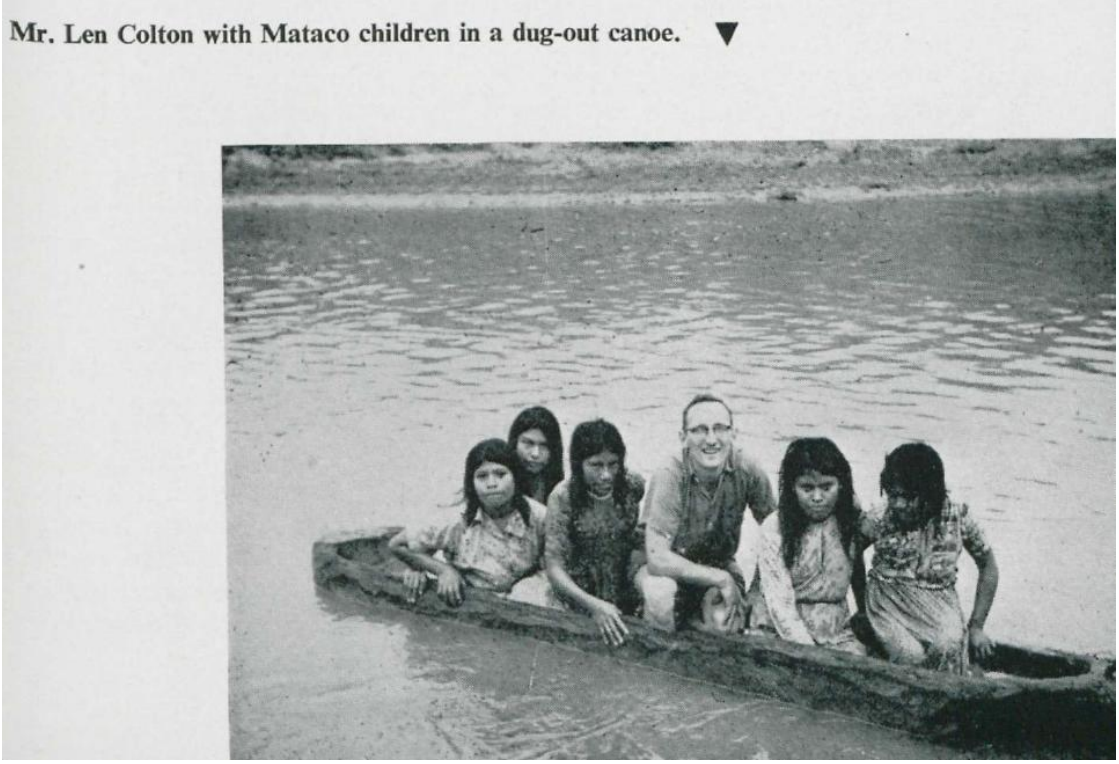
Fuente: Leake, 1956, p. 76.

El recuerdo de este acontecimiento se ha transmitido entre los toba occidentales en las décadas siguientes (Gordillo, 2005, p. 97). El sitio original debió abandonarse en favor de otro situado más cerca de Sombrero Negro, donde la reconstrucción de las casas se llevó a cabo lentamente.

Las inundaciones no solo eran responsables de la destrucción ocasional de las misiones, sino también de la imposibilidad temporal y habitual de desplazarse entre ellas y llegar a los lugares donde vivían los habitantes de la región. En 1951, Enrique Franz, párroco de Villa Hayes, le confesó a Walter Vervoort, Prefecto Apostólico del Pilcomayo desde 1932 y primer Vicario Apostólico del Pilcomayo desde 1950, que "los caminos por el Chaco en general son caminables en tiempo de sequía, pero en tiempo de lluvia intransitables para coche a motor y para coche a caballo casi imposible de usar" (AVAP, 1951). En 1961, el anglicano Flagg observó una misteriosa aparición en la misión Makthlawaiya: "[…] las fuertes lluvias provocaron inundaciones sin precedentes y, por primera vez en nuestra experiencia, los indígenas acudieron en busca de medicamentos y provisiones en árboles huecos (o, como se traduce al español, "árboles borrachos")"

(Flagg, 1961, p. 6).[2] Se trata nuevamente de cachiveos, fabricados a partir de *Ceiba speciosa*, más conocida como palo borracho. En el mismo periodo, el anglicano Len Colton realizaba un viaje por el Pilcomayo y fue fotografiado con niños wichís en este tipo de embarcación (Ward, 1961).

Figura 4 – Colton con niños wichís en un cachiveo en el río Pilcomayo



Fuente: Ward, 1961, p. 9.

La competencia por el río

Si los religiosos intentaron fundar misiones cerca del río Pilcomayo, a pesar de la amenaza de las crecidas, fue porque este río era fundamental para los grupos indígenas de la región. Según Leake, "el río es el lugar natural de los indios, y se sentirán mucho más a gusto en una misión cercana a él" (Leake, 1931, p. 53).[3] En el momento de la expansión de la sociedad colonial, los territorios indígenas se organizaban principalmente en función de las partes alta y baja del curso del río y no en función de

[2] En el original: "As has already been noted heavy rains have caused unprecedented flooding and for the first time in our experience Indians have been arriving for medicines and stores in hollowed out bottle trees (or as it is translated in Spanish "drunk" trees)".
[3] En el original: "The river is the Indians' natural place, and he is going to feel much more at home on a mission within easy reach of it."

los territorios que este separaba. Otra distinción importante se establecía entre los grupos que vivían principalmente en zonas forestales y aquellos que habitaban cerca de cursos de agua (Braunstein, 1991–1992). Aunque iban en contra de su ideal de sedentarización y disciplina, la marisca – las actividades de caza y pesca practicadas por los hombres y la recolección realizada por las mujeres – no estaba prohibida por los misioneros (Wright, 2008, p. 103–104; Gómez, 2017, p. 225–226). Las idas y venidas entre las misiones y los campamentos indígenas situados fuera de su recinto eran frecuentes. Esta permeabilidad era incluso una de las garantías de la eficacia del sistema misionero, ya que los indígenas podían ir a buscar recursos alimenticios al río o al monte, encontrar trabajo temporal con los colonos criollos o desplazarse anualmente durante periodos más largos a los ingenios de las provincias argentinas de Salta y Jujuy (Córdoba et al., 2015).

La partida de los indígenas era a veces repentina y dejaba las misiones despobladas. Sin embargo, las misiones seguían siendo atractivas, ya que ofrecían refugio. Los indígenas encontraban allí la protección necesaria frente a la violencia desplegada por los soldados y los colonos. Esta situación se cristalizó durante la guerra del Chaco (1932–1935), que alteró el mapa étnico de la región, ya que muchos indígenas se vieron obligados a desplazarse para huir de los combates y de la represión militar (Richard, 2008; Capdevila et al., 2010). A raíz de esas movilidades, se produjo una coexistencia étnica imprevista en las misiones. Los escritos misioneros de los años posteriores al conflicto dan testimonio del aumento de la vigilancia de la frontera interestatal y de los enfrentamientos ocasionales en el Pilcomayo Medio entre los soldados argentinos y los nivaclés, por un lado, y los soldados paraguayos y los tobas occidentales y los pilagás, por el otro, que acudían al río a pescar o a sacar agua (Córdoba, 2016).

El fracaso de Misión Pilagá, que solo sobrevivió cuatro años, de 1935 a 1939, también puede analizarse en relación con la decepción de los pilagás, quienes no vieron satisfechas sus expectativas por parte de los misioneros. Lorena Córdoba reconstruyó la breve historia de esta misión anglicana e identificó una conjunción de factores para explicar su fracaso (Córdoba, 2017). La amenaza de una inundación provocada por el río no basta como explicación, ya que, como en otras misiones, se había contemplado una posible reubicación. La crisis económica que atravesaba la South American Mission Society (SAMS), seguida por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, ayuda a comprender la falta de recursos destinados a su sostenimiento. Sobre todo, el caso puso

en evidencia el fracaso de la conversión religiosa de los pilagás y las violencias que estos sufrieron durante la década de 1930 por parte de los colonos criollos y de los militares argentinos y paraguayos, así como también de los nivaclés. En efecto, una de las principales intervenciones de los misioneros consistía en el desmantelamiento explícito y sistemático de los enfrentamientos interétnicos tradicionales de los indígenas chaqueños.

Desde comienzos del siglo se habían señalado conflictos vecinales en torno a los recursos pesqueros, que persistieron incluso después de la guerra. En 1938, el anglicano Alfred Tebboth, desde la misión El Toba, señaló que "los indígenas Chunupi, que viven más río abajo, han construido una trampa de pesca sólida, lo que significa que relativamente pocos peces pasan por allí" (Tebboth, 1938, p. 19).[4] Su existencia seguía siendo un hecho seis años más tarde, cuando Fred Train viajó a El Toba desde Makthlawaiya. Atravesó el territorio de los nivaclés, cerca de la misión oblata San José. La sequía y los escasos recursos de esta última llevaron a unos quinientos nivaclés a establecerse a orillas del Pilcomayo, donde construyeron la trampa para peces, privando así tanto a los tobas ya mencionados como a los wichís de la misión San Andrés de una de sus principales fuentes de comida (Train, 1944, p. 19). Este régimen alimenticio particular parece haber tenido consecuencias sorprendentes. El matrimonio Saint lo relató al llegar a El Toba en 1936: quedaron impresionados por "el fortísimo olor a pescado que exhalaba esa gente (…) [proviniendo] de que se alimentan casi exclusivamente de la abundantísima pesca que les provee el río Pilcomayo" (Saint, 1936, p. 177). La continuidad del acceso a ciertos productos del entorno chaqueño podía representar un problema para los misioneros. Esto se refiere en particular al consumo tradicional de la aloja que tiene lugar preferentemente entre noviembre y enero durante la época de maduración de las algarrobas. Más allá de las ceremonias destinadas a establecer alianzas políticas (Braunstein, 2008), todas las manifestaciones rituales estaban acompañadas del consumo de bebidas fermentadas. Aunque las mujeres chaqueñas no tenían derecho a beberlas, eran ellas quienes las preparaban: recogían los frutos, los molían y los dejaban macerar en agua. Los grupos del Pilcomayo utilizaban preferentemente los frutos del algarrobo blanco y del tusca. También podían realizar mezclas ocasionales con otros frutos, como los del chañar, las sandías o el maíz, mientras

[4] En el original: "The Chunupi Indians, who live further down-stream, having built a strong fish-trap, meant that comparatively few fish came this way".

que la adición de miel era apreciada (Nordenskiöld, 1912, p. 86–89; Arenas, 2003, p. 345–354).

A comienzos del siglo XX, el gobernador de Formosa, Lucas Luna Olmos, explicó las consecuencias perjudiciales de esta práctica sobre el funcionamiento de las misiones ya que estas permanecían desiertas durante varios meses (Luna Olmos, 1905, p. 27). Su objetivo principal era demostrar la ineficacia de la obra misionera franciscana y defender una colonización de poblamiento para el Chaco. Sin embargo, algunos misioneros se opusieron a esta práctica. El anglicano Richard Hunt estableció un vínculo explícito entre el consumo de alcohol y el estallido de disputas violentas. En consecuencia, los misioneros recorrían el pueblo de Algarrobal "dando deliberadamente puntapiés a las cubas que contenían la sidra indígena, para gran disgusto de los hombres que respiraban venganza, pero que finalmente permanecieron tranquilos. Al verano siguiente, no se intentó hacer bebida en la estación, pero fue elaborada secretamente y escondida en la espesura del bosque" (Hunt, 1953, p. 62).[5] Ciertamente, las fiestas de bebida continuaron celebrándose en los campamentos indígenas situados al margen de las misiones. Pero también allí, evangelistas itinerantes acudían para criticar abiertamente la persistencia de esta práctica, como lo relató el anglicano Colin Smith desde la misión San Andrés, quien dio fe del éxito de la amonestación (Smith, 1938, p. 78). La culpa sentida por el consumo de alcohol también emerge de las historias orales recogidas entre los tobas occidentales a fines del siglo XX (Gordillo, 2005, p. 92–93). El deseo de poner fin a estas ceremonias tradicionales era un reto al que también debían enfrentarse los misioneros oblatos trabajando con los nivaclés (Fritz, 1994, p. 132–134). Pero luchar contra la embriaguez implicaba oponerse a la mala influencia de la sociedad colonial, un tópico habitual en los discursos misioneros. Por ejemplo, el contrato firmado por los oblatos con el ingenio de Tabacal en 1944 establecía claramente la prohibición de vender alcohol a los nivaclés reclutados, aunque dicha disposición no tuvo efecto (AVAP, 1943–1947).

[5] En el original: "(...) and went about the village deliberately kicking over the vats containing the native cider, to the great annoyance of the men folk who breathed revenge, but ultimately remained quiescent. No attempt was made the next summer to make drink on the station, but it was brewed secretly and hidden in the thickness of the forest".

El suministro de agua

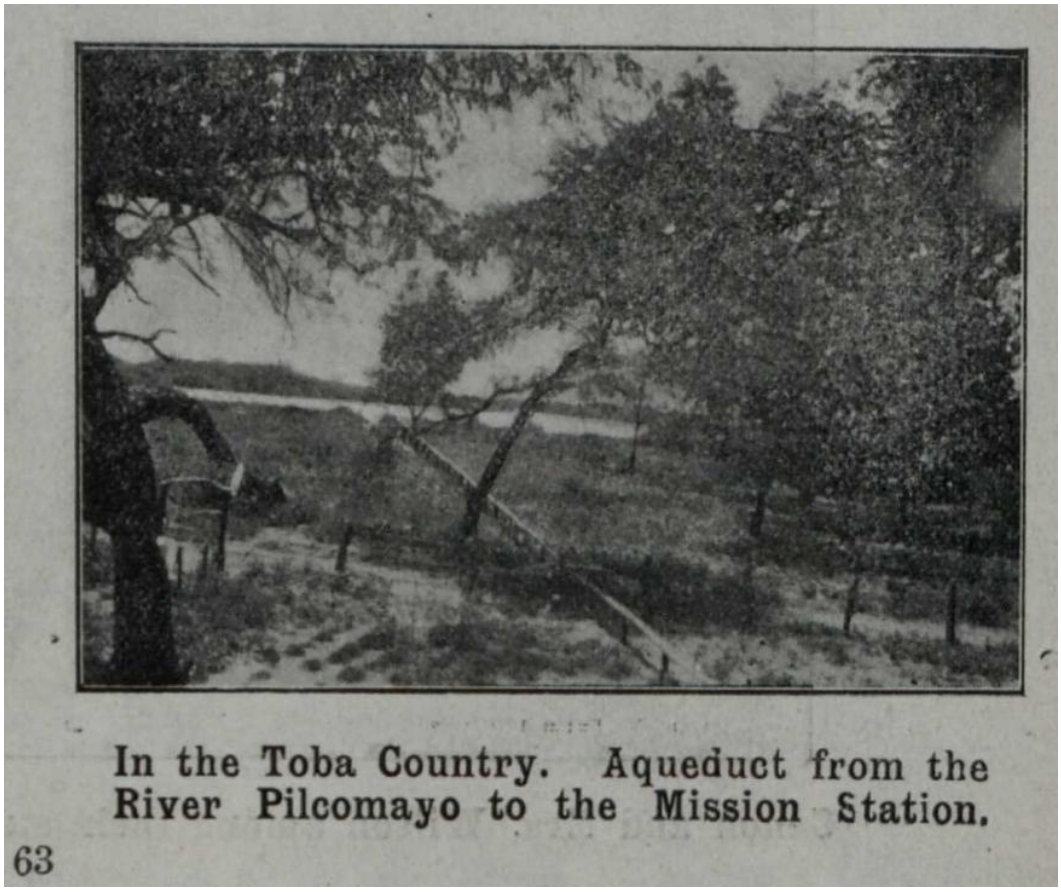
Para poner fin a esta práctica, el objetivo era integrar de forma duradera a los indígenas en las misiones. Sin embargo, los misioneros debían enfrentarse a la rigidez del clima chaqueño. Es necesario distinguir entre dos ecorregiones denominadas "Chaco húmedo", en el este, y "Chaco semiárido", en el oeste. Las tasas de precipitación son más elevadas en el este del Chaco y en el Bajo Pilcomayo (más de 1 000 mm/año), pero disminuyen al desplazarse hacia el oeste, en el Pilcomayo Medio (entre 600 y 1 000 mm/año), antes de caer drásticamente al oeste del Chaco boreal y al noroeste del territorio de Formosa (entre 400 y 600 mm/año) (Borrini, 1997). La cita de Flagg con la que comienza este artículo hace referencia a la importancia de la lluvia, ya que la estación central de los anglicanos en el Chaco paraguayo, Makthlawaiya, estaba situada en pleno Chaco húmedo. Más al oeste, el paisaje puede ser radicalmente diferente porque "el Chaco se encuentra bajo el dominio de la sequía", según las palabras de Henry C. Grubb en 1938 (Grubb, 1938, p. 39).

A pesar de la proximidad del río Pilcomayo, todas las misiones luchaban paradójicamente por abastecerse de agua potable. Ya en 1900, al crearse una estación destinada a los nivaclés, Westgate declaró que "el suministro de agua juega en nuestra contra. Una estación grande implica mantener a hombres, ganado, caballos, ovejas y cabras; si el suministro de agua es insuficiente, el resultado es evidente. Tal vez podamos, con el tiempo, fabricar ladrillos y construir grandes depósitos, pero eso requerirá todavía muchos años" (Westgate, 1900, p. 71).[6] Sin garantía de un suministro regular de agua, el proyecto de creación de una "Suhin Station" está condenado al fracaso. El oblato Pablo Stahl resumió bien la situación en el momento de trasladar la misión Esteros en 1931: "El gran problema, siempre es el tema del agua, quiere decir: encontrar agua potable buena" (Fritz, 2024, p. 35). Para complicar las cosas, el agua del Pilcomayo no siempre era potable, sobre todo cuando la densidad de sedimentos que arrastraba era mayor. Franco Morales lo describió así al hablar de la vida de los antiguos nivaclé: "En aquel tiempo creció el río, entonces los ancianos que no tomaban (agua) del río, se mudaron a donde están las lagunas porque las lagunas eran (aguas) limpias para tomar y del río no tomaban porque era sucio" (Vidal, 2021, p. 79).

[6] En el original: "The water supply is against us. A large station involves the keeping of men, cattle, horses, sheep and goats; if the water supply is inadequate the result is obvious. We may, in time, be able to manufacture brick and make large reservoirs, but this would mean many years yet".

Ese mismo año, tras la destrucción de San Andrés, el anglicano William C. Everitt explicó que no lograron encontrar un nuevo sitio adecuado para la misión. Perforaron en siete lugares distintos, a profundidades de entre 70 y 90 pies, y solo consiguieron extraer agua salada. Finalmente, decidieron perforar en el antiguo emplazamiento de la misión y allí encontraron agua potable a 30 pies de profundidad. Cavaron entonces un pozo para disponer de una reserva abundante de agua (Everitt, 1931). En El Toba, Leake se planteó buscar un emplazamiento más elevado y alejado del río, pero explicó que entonces habría que redoblar los esfuerzos para ir a buscar agua al río o conseguirla mediante la construcción de un pozo (Leake, 1931, p. 53). Dos años más tarde, en 1933, una fotografía mostró un acueducto instalado para hacer llegar el agua del río a la misión. Durante la reconstrucción de esa misión en 1954, el agua debía transportarse a mano y no en carro debido al estado del camino y de las orillas del río. Se perforó un pozo dentro del recinto de la misión, pero el agua extraída resultó amarga y el pozo se llenaba de arena movediza cada noche (Leake, 1956, p. 5).

Figura 5 – Un acueducto que conecta el río Pilcomayo y El Toba



Fuente: Leake, 1933, p. 63.

Como escribió el anglicano John Arnott a comienzos de 1938: "el agua potable en Misión Pilagá siempre ha sido un problema".[7] Se realizaron varios pozos dentro del recinto de la misión, pero el agua resultó ser demasiado salada (Arnott, 1938, p. 22). Un año más tarde, la Laguna de los Pájaros, principal fuente de abastecimiento de la misión, se secó (Cox, 1939, p. 7). Se realizó una nueva perforación, pero el agua extraída seguía siendo impropia para el consumo. Sobrevivían gracias a un pozo situado al borde de la antigua laguna. Se consideró un traslado hacia el río Pilcomayo, pero su cauce también se secaba rápidamente. Además, ningún otro lugar de la zona ofrecía garantías para satisfacer las necesidades de los pilagás entonces reunidos. Como vimos anteriormente, el cierre de la misión se formalizó al año siguiente.

Para ahorrar agua, las Hermanas Educacionistas Franciscanas, que llegaron a Esteros en 1936 desde Eslovenia para colaborar con los oblatos, debían lavar la ropa en el río Pilcomayo. El agua de lluvia se utilizó para beber, mientras que el agua del pozo, ya demasiado salada, se empleó para cocinar. "Nunca tuvimos una sequía tan fuerte", comentó Vervoort, quien contemplaba trasladar a los habitantes de San José a San Leonardo si el pozo llegara a secarse y no lloviera. La misión disponía entonces de un viejo depósito de 18 000 litros, pero se instaló uno nuevo de 72 000 litros (Fritz, 2024, p. 94–95).

Figura 6 – Las hermanas franciscanas con niños nivaclés en las orillas del Pilcomayo

En 1936 llegaron las primeras hermanas (Franciscanas Educacionistas), acá con niños en la orilla del Río Pilcomayo

Fuente: Fritz, 2024, p. 243.

[7] En el original: "Drinking Water on Misión Pilagá has always been a problem".

Al año siguiente, en San Leonardo, se perforó un nuevo pozo y se construyó también un depósito de 6 000 litros. Un molino de viento bombeaba hasta 800 litros de agua por hora y vaciaba el pozo en siete horas, el cual volvía a llenarse después de unas cuantas horas. Sin embargo, el molino resultó dañado por una tormenta a finales de 1938, y durante dos meses era necesario extraer el agua a mano para abrevar al ganado. En 1939, los días sin viento, se debía utilizar una bomba manual y transportar el agua en toneles (AVAP, 1933 1960). Estos se colocaban sobre un carro tirado por un tractor, como lo muestra una fotografía.

Figura 7 – El tractor y el carro en San Leonardo

Fuente: Durán Estragó, 2000, p. 50.

El desafío de la agricultura

Las dificultades para el abastecimiento de agua dificultaban la realización del objetivo principal de los misioneros: la transformación del modo de vida de los indígenas para convertirlos en colonos. La incorporación al trabajo debía asimismo permitir integrarlos a las diferentes sociedades nacionales, como explicaron los anglicanos

Andrew Pride, que consideraba que la enseñanza misionera había logrado aumentar "el valor del indígena como trabajador" (Pride, 1938, p. 99), o Richard Hunt, para quien era necesario promover el modelo de la chacra ganadera (Hunt, 1953, p. 10).

Frente a una constante falta de recursos, este era también un medio para hacer que las familias fueran autónomas. Antes incluso de su instalación, los indígenas participaban activamente en la construcción de las misiones. Debían desmontar, cortar y transportar las palmeras y luego construir los edificios. El aprendizaje de las tareas indispensables para convertirse en buenos peones rurales debía permitirles después ser contratados por los colonos de los alrededores. Las especializaciones variaban según el género (Liva y Arqueros, 2020). Los hombres se especializaron en el trabajo con la sierra y la construcción, ayudaban en el almacén o se ocupaban del ganado, mientras que las mujeres se orientaban hacia las tareas domésticas y la costura, y ayudaban en el dispensario y en la escuela.

Los grupos chaqueños practicaban la horticultura antes de la llegada de los misioneros. Ya en 1897, Pride lo observó claramente durante un viaje al territorio de los nivaclés: "No pude ir a ver sus huertos, pero juzgando por la cantidad de maíz, mandioca, zapallos, etc., que vi que traían, debían poseer unos grandes y bien cultivados" (Pride, 1897, p. 119).[8] El etnólogo Erland Nordenskiöld, que visitó a los nivaclés y a los chorotes del Pilcomayo en 1909, nos explica que sus campos eran numerosos, pero de escasa extensión y, por lo general, mal cuidados. Además, se encontraban a gran distancia del río y dispersos en lugares desbrozados. Entre las plantas cultivadas, señala numerosas variedades de maíz y porotos, zapallos y sandías, tabaco y algodón, porongos y batatas (Nordenskiöld, 1912, p. 46). Esta descripción corresponde a una práctica itinerante de agricultura de roza y quema llevada a cabo en el monte. Sin embargo, se pudo desarrollar una agricultura de mayor envergadura en las tierras fertilizadas por las crecidas del Pilcomayo. En la segunda mitad de la década de 1920, los primeros oblatos que llegaron a territorio nivaclé describen "plantaciones de maíz que se pierden en el horizonte" (Chase-Sardi, 1972, p. 254). Para los misioneros, el objetivo era lograr que los indígenas continuaran con esta actividad dentro de las misiones.

Sin embargo, al hacer balance de los 50 años de presencia anglicana en el Chaco paraguayo, Pride llega a una conclusión pesimista: "Dado que la naturaleza proporcionaba alimentos en abundancia, tanto vegetales como animales, los indígenas

[8] En el original: "I could not go to see their gardens, but judging from the quantity of maize, mandioca, pumpkins, &c., I saw them bringing in they must possess large, well cultivated ones".

no practicaban la agricultura a gran escala. Las sequías, las inundaciones y las plagas de insectos eran perjudiciales para el cultivo, por lo que los indígenas se limitaban a lo estrictamente necesario" (Pride, 1938, p. 99). Para el antropólogo Miguel Chase-Sardi, fue la prohibición de las ceremonias de bebidas por parte de los misioneros lo que habría provocado la disminución del interés de los nivaclés por la agricultura, ya que estos utilizaban el producto de sus cosechas para prepararlas. A principios de la década de 1970, la agricultura ya no era más que una "ocupación de los viejos en pequeñísimas parcelas de no más de veinte metros" (Chase-Sardi, 1972, p. 254).

Esta combinación de factores climáticos adversos, depredación animal y tensiones sociales se observa al repasar la historia agraria de las misiones de la región del Pilcomayo. En 1922, en la misión anglicana Nanawa, las sequías y las orugas destruyeron la mayor parte de los zapallos, mientras que los nivaclés compensaron los daños sufridos en sus huertos personales robando el maíz del huerto de la misión (SAMSM, 1922, p. 70). Al año siguiente, aunque los misioneros temían los robos a medida que se acercaba la cosecha, fueron "los perros indígenas medio hambrientos" los causantes de los estragos (Bevis, 1923, p. 72–73). Diez años después, la guerra provocó el cierre de esta misión, pero las misiones oblatas recientemente fundadas siguieron funcionando para atender a los grupos nivaclés. En 1933, fueron los burros, cerdos y cabras de los nivaclés los que causaban estragos en el campo de maíz de la misión San Leonardo. Un tercio de la producción fue así devorado, mientras que otro tercio fue recogido por los nivaclés. En 1934, se sembró nuevamente maíz en un campo protegido de las inundaciones, pero la sequía impidió su germinación. En 1935, los misioneros lograron cultivar batatas, frijoles y zapallos, mientras que se desarrollaba una plantación de plátanos. Los nivaclés se dedicaban entonces principalmente al cultivo de maíz. Al mismo tiempo, la situación era muy difícil en San José, donde "por la extraordinaria sequía de los últimos años no hubo ninguna cosecha" (Fritz, 2024, p. 93).

Si un tractor estaba presente en San Leonardo desde 1927 y funcionó allí hasta la década de 1960 (Richard y Hernández, 2021), el informe mensual de la misión lo mencionó por primera vez en 1936, al describir un intento de utilizarlo para arar un campo de maíz de unas quince hectáreas, aunque se averió inmediatamente. El campo fue finalmente arado con el tractor y rastrillado con bueyes al año siguiente. Año tras año, el desafío consistía en asegurar la cosecha de los diferentes productos cultivados, evitar las depredaciones de los animales domésticos y garantizar un riego satisfactorio con agua. A veces surgían innovaciones, como una nueva forma de sembrar, calificada

de "método indio", descubierta en 1936. Consistía en cavar surcos y hoyos en todo el campo para que el agua no se escurriera y permaneciera en ellos. Los misioneros constataron que las semillas sembradas allí germinaban a pesar de las escasas lluvias. En 1940, además de batatas, se cosecharon 13 toneladas de sorgo, una tonelada de porotos, 50 quintales de maíz y 220 quintales de zapallos.

A finales de 1941, Vervoort escribió al jefe del Regimiento de la Gendarmería nacional argentina para informarle de la falta recurrente de víveres que sufrían sus misiones. Para resolver este problema, le pidió la autorización para volver a la situación anterior a la guerra y poder aprovisionarse en territorio argentino de artículos de primera necesidad como harina, maíz y combustible. Asimismo, solicitó el permiso para "vender productos agrícolas y de horticultura, como hay escasez de estos productos en la zona del Pilcomayo" (AVAP, 1941). En los años siguientes fueron la sequía, las orugas y las langostas las que perjudicaron las cosechas de maíz, zapallos y porotos, mientras que la crecida dañó el sorgo y destruyó varias hectáreas de porotos en 1947. La situación general era difícil para los nivaclés, quienes salían cada año a trabajar varios meses en las plantaciones de caña de azúcar del noroeste argentino. También instalaban sus chozas lo más cerca posible del río Pilcomayo, fuera de la misión, para beneficiarse de la pesca. La irregularidad de las cosechas siguió siendo la norma, pues si en 1954 se cosecharon siete toneladas de maíz y hubo suficientes zapallos y melones, los porotos se perdieron casi por completo.

Sin embargo, en otros lugares ocurría que los recursos alimenticios eran abundantes, como lo describió el anglicano Ernest Panter en El Yuto en 1938, donde reinaba "una completa libertad de preocupaciones respecto a la comida" (Panter, 1938, p. 94). Esta situación nunca perduraba eternamente. Cuatro años después, en 1942, se abrió una investigación contra algunos wichís de esta misión tras la muerte de una vaca de un colono instalado cerca de sus parcelas de cultivo. Estas últimas estaban en estado de abandono: los cercos de ramas secas se encontraban en ruinas y nada se había sembrado debido a la sequía (AHF, 1942). Menos de diez años después, en 1951, las lluvias fueron abundantes y los huertos de los chorotes, nivaclés y wichís que vivían en la misión La Paz estaban en buen estado. Harry Dickson informó que nunca había visto tantas sandías y esperaba ver igual cantidad de zapallos el mes siguiente. El único problema fue los daños causados por los caballos de los nivaclés en los cercos de los wichís, por los que el misionero debió pagar una indemnización (Dickson, 1951, p. 57–58). Sin embargo, una década después, en 1961, durante una visita a las estaciones

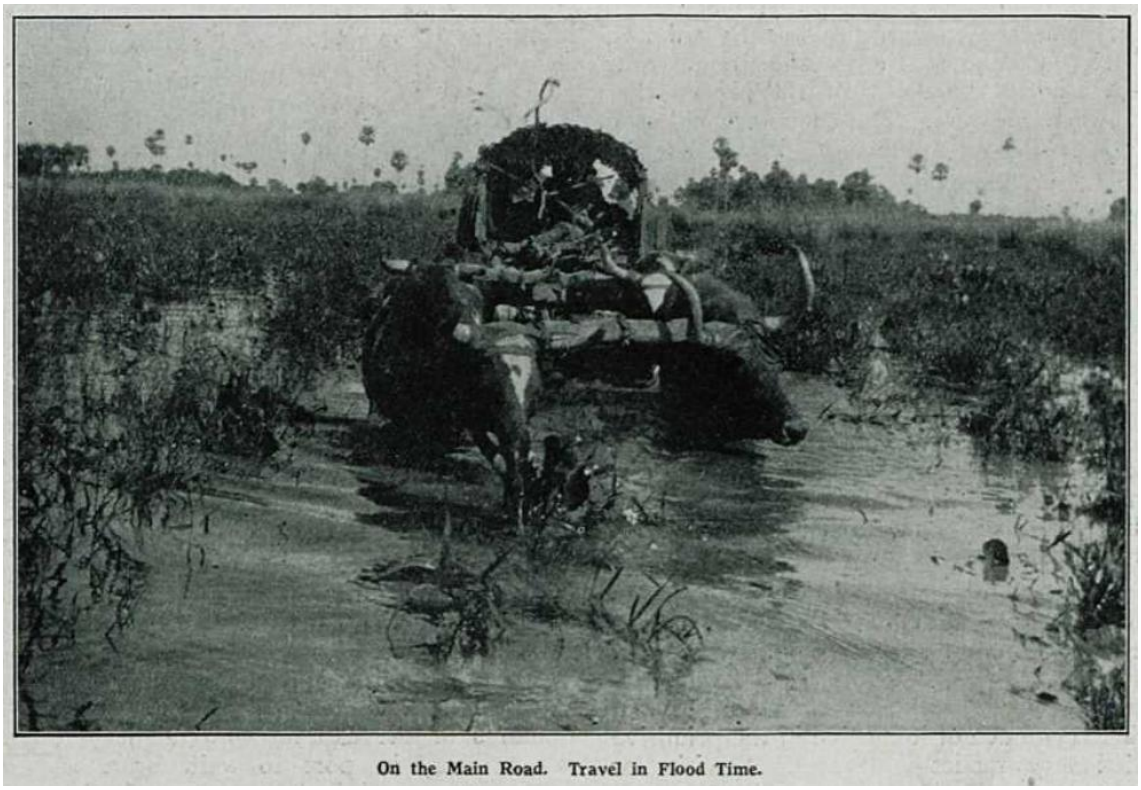
anglicanas del Pilcomayo, en las que el trabajo estaba ahora a cargo de los evangelistas indígenas, los misioneros encontraron "gente que se está recuperando de un período de hambruna, durante el cual debieron sufrir mucho" (Ward, 1961, p. 8).[9] La irregularidad de las cosechas y la amenaza de los avatares climáticos permiten comprender por qué, a finales de 1953, cuando la falta de lluvias frenaba el desarrollo de los cultivos, el oblato Juan Wilkskamp destacó la necesidad de desarrollar la ganadería (AVAP, 1933–1960).

La presión de la ganadería

Para los grupos indígenas del Pilcomayo, los vacunos aparecieron durante la segunda mitad del siglo XIX. Al principio eran cazados como piezas de caza; luego, robados en las estancias de los ganaderos criollos, pero también obtenidos por trueque o compra, e incluso recibidos como regalos. Sin embargo, los indígenas casi nunca los criaban en gran escala, recurriendo a ganado menor. Tal es el caso de los nivaclés, cuyo grupo encontrado por Pride en 1897 poseía un rebaño de 350 cabras y ovejas (Pride, 1897, p. 119). Esto explicó por qué la vaca permanece simbólicamente ligada al colono en los imaginarios de los habitantes del Gran Chaco (Gordillo, 2004, p. 19; Montani, 2017, p. 235). Sin embargo, el contacto de los indígenas con los vacunos fue más intenso en las misiones religiosas. En efecto, una manera de asegurar la subsistencia material de las misiones pasó por el desarrollo de la ganadería. Tras la secularización de las misiones franciscanas del Alto Pilcomayo por el gobierno boliviano, el ganado fue transferido a las guarniciones de los fortines recientemente fundados a lo largo del Pilcomayo (BAH-ALP, 1911, p. 20–21). Durante la retirada del ejército boliviano en la guerra, algunos animales fueron abandonados y recuperados por los oblatos. Vervoort mencionó este hecho en 1947, cuando explicó que luego quisieron aumentar su rebaño matando muy pocos bueyes durante años. Evocó entonces la idea de fundar una estancia "para administrar razonablemente el ganado a provecho de las Misiones" (AVAP, 1947).

[9] En el original: "We found the people recovering from a hunger period, in which time they must have suffered greatly".

Figura 8 – Un carro tirado por bueyes en el Chaco inundado



Fuente: SAMSM, 1945, p. 34.

Los carros de bueyes eran entonces el medio de transporte preferido de los misioneros, sobre todo en el Chaco húmedo como lo muestra una fotografía publicada por los anglicanos en 1945. Poder utilizar los bueyes como conductores de carros implicaba, por tanto, el aprendizaje de un conjunto de saberes que se traducían en nuevas atenciones y gestos. Bajo la égida de los misioneros, ciertos indígenas se especializaron en esta actividad. Los aparejos de la misión Makthlawaiya y sus conductores eran reputados y los criollos de los alrededores no dudaban en reclutarlos temporalmente (Pride, 1936, p. 21). Ciertos indígenas estaban específicamente encargados del manejo de los vacunos. Por ejemplo, en 1935, el vaquero de la misión oblata San Leonardo se llamaba Ifi. En 1938, la misión contaba con unos 80 vacunos, sin contar los caballos y el rebaño de ovejas. Dos años después, un joven conductor de bueyes, cuya identidad no se precisa, resultó gravemente herido por uno de los animales mientras debía dirigir el arado. Al año siguiente, la escasez de mano de obra, debido a la salida anual de los nivaclés a los ingenios, obligó a un misionero a encargarse de la guarda del ganado (AVAP, 1933–1960). Al igual que en la agricultura, el desarrollo de la ganadería se vio afectado por las condiciones ambientales del Chaco. El ganado permite desplazarse

mejor por las zonas inundadas, pero necesita una gran cantidad de agua potable. En 1930, los indígenas de la misión Nakte Amyip trabajaban en la construcción de un tercer tajamar (Allan, 1930, p. 116) mientras que, en 1945, el abastecimiento de agua para el ganado era un trabajo a tiempo completo en la misión Makthlawaiya (Train, 1945, p. 70).

Las presiones sociales también constituían un factor importante para comprender las dificultades de acceso al agua. Si bien la llegada de los misioneros allanó el camino para la colonización civil, la creciente intensidad de esta última resultó perjudicial para los primeros. Ya a finales de la década de 1920, los anglicanos observaron que el aumento de la creación de nuevas estancias ganaderas al este de la misión Makthlawaiya "condujo, como era de esperar, a una crisis más rápida en el problema del agua. Donde antes aún se habría encontrado agua en abundancia, hoy solo queda un lecho de estero seco o un riacho" (SAMSM, 1928, p. 36).[10] Esta presión colonizadora se intensificó entonces en el Chaco húmedo, al este del Chaco boreal, pero se fue extendiendo progresivamente hacia el centro del Chaco boreal, con la fundación de las colonias menonitas, y hacia la región del río Pilcomayo en las décadas siguientes. La privatización del Chaco paraguayo generó la constitución de grandes estancias en las que amplias zonas alambradas permanecían deshabitadas, pero estaban ahora prohibidas para cazar (Cruz [de la], 1998; Gordillo, 2010) o para el acceso a los puntos de agua potable (Correia, 2022). Al igual que otros grupos chaqueños, los nivaclés debían emplearse en esos establecimientos para subsistir (AVAP, 1978).

En Argentina, la mayoría de las tierras permanecieron públicas y accesibles a pequeños colonos que competían con los wichís, tobas o pilagás. Pero, de manera más general, la orilla argentina del Pilcomayo, entonces la más poblada, experimentaba un proceso continuo de degradación ambiental. Las ricas praderas del lado argentino de la frontera, que los expedicionarios de principios del siglo XX contemplaban con admiración, fueron progresivamente reemplazadas por densos montes espinosos por la acción biológica del ganado vacuno de los colonos. Un anglicano que visitó las distintas misiones del Chaco argentino en 1943 destacó el aspecto despoblado de la región situada entre las misiones El Toba y San Andrés (SAMSM, 1943, p. 26).

[10] En el original: "The occupation of the lands between the Mission and Maroma by estancias has naturally brought the water problem more quickly to a crisis. Where in former years plenty of water would have still been found, now there is a dry swamp-bed or riacho".

Palabras finales

Desde comienzos del siglo XX hasta la década de 1960, los misioneros se encontraron en una situación paradójica en la región del río Pilcomayo: dependían de los recursos de este río para garantizar la subsistencia de las personas bajo su responsabilidad, pero sufrían sus variaciones de su régimen que les imponían desplazamientos y reconstrucciones. Del mismo modo, la inculcación de nuevas prácticas agrícolas y ganaderas, núcleo de su proyecto civilizador, se veía obstaculizada por las dificultades de suministro de agua. La continuación de las actividades tradicionales de subsistencia y el reclutamiento en los ingenios argentinos o en las estancias de los colonos, lo que suponía el alejamiento temporal de los indígenas de las misiones, eran indispensables para garantizar la continuidad de estas antes de que un nuevo cambio contribuyera a su cierre definitivo.

En la década de 1960, numerosos datos recogidos advertían de una aceleración en el cambio del régimen de aguas del Pilcomayo. El río había retrocedido más de 150 kilómetros y sus desbordamientos se dirigían hacia el nuevo bañado La Estrella. En consecuencia, todo su antiguo curso, desde Sombrero Negro hasta el río Paraguay, pasando por el Estero Patiño, quedó seco. Así se abrió un nuevo período en la historia ambiental del río Pilcomayo: el de los intentos deliberados de controlar el flujo del río. A fines de la década de 1970 y comienzos de la de 1990, Argentina y Paraguay desarrollaron obras de canalización, pero estas provocaron conflictos diplomáticos al desviar el agua sucesivamente hacia uno solo de los dos países (Gordillo y Leguizamón, 2002).

Mientras tanto, la mayoría de las misiones anglicanas del Pilcomayo desaparecieron bajo las aguas, empezando por El Toba en 1975, y la población fue reubicada. Paralelamente, la mecanización de la cosecha condujo al fin del reclutamiento de indígenas chaqueños en los ingenios. Los anglicanos apoyaron entonces proyectos de desarrollo agrícola y de venta de artesanías, pero la guerra de las Malvinas los obligó a abandonar el país en 1982 (Gordillo, 1995). El contexto político es esencial para comprender el fin del período misionero en la región. Varias décadas antes, con la obtención del estatus provincial de Formosa en 1955, las misiones franciscanas ya habían sido transformadas en colonias indígenas. En territorio paraguayo, debido al desplazamiento del río, los nivaclés de las misiones oblatas perdieron el acceso a su valiosa fuente de alimentos, así como al agua que irrigaba sus cultivos. San José fue evacuada en 1976, mientras que en San Leonardo se optó por la autogestión y los

habitantes iniciaron un proyecto de cría de ganado vacuno (AVAP, 1978). Cuando la frontera seca dejó de ser objeto de disputas y las tierras asignadas a las misiones fueron codiciadas por los colonos, los misioneros dejaron de ser considerados indispensables. Al igual que con el río Pilcomayo, las comunidades indígenas conservan la memoria de su llegada y de su partida, de su generosidad y de sus perjuicios.

"O MAIOR PROBLEMA É SEMPRE A QUESTÃO DA ÁGUA." UMA HISTÓRIA AMBIENTAL DAS MISSÕES RELIGIOSAS DO RIO PILCOMAYO (GRAN CHACO, SÉCULO XX)

Resumo: Na primeira metade do século XX, numerosas missões religiosas foram estabelecidas entre os grupos indígenas do Gran Chaco. Administradas por anglicanos, franciscanos ou oblatos, seu principal objetivo era inculcar um modo de vida compatível com a sociedade colonial. A história ambiental das missões do rio Pilcomayo revela como os missionários se viram em uma situação paradoxal: dependiam dos recursos hídricos e da pesca para garantir a subsistência daqueles sob seus cuidados, mas sofriam com as mudanças no comportamento do rio, que os obrigavam a se realocar e reconstruir. Da mesma forma, a introdução de novas práticas agrícolas e pecuárias, um desafio central de seu projeto civilizatório, foi dificultada pelas dificuldades de abastecimento de água. A continuidade das atividades tradicionais de subsistência e o emprego em engenhos de açúcar ou fazendas, que resultaram na saída temporária dos indígenas das missões, foram, portanto, essenciais para garantir sua continuidade antes que uma nova mudança contribuísse para seu fechamento definitivo.

Palavras-chave: Rio Pilcomayo. Grande Chaco. Meio ambiente. Povos indígenas. Missões.

"THE BIG PROBLEM IS ALWAYS THE ISSUE OF WATER." AN ENVIRONMENTAL HISTORY OF THE RELIGIOUS MISSIONS OF THE PILCOMAYO RIVER (GRAN CHACO, 20TH CENTURY)

Abstract: In the first half of the 20th century, numerous religious missions were established in the Gran Chaco region to reach indigenous groups. Led by Anglicans, Franciscans, or Oblates, their primary goal was to instill in these communities a way of life compatible with colonial society. The environmental history of the Pilcomayo River missions demonstrates how missionaries found themselves in a paradoxical situation: they depended on the river's resources, water and fish, to ensure the subsistence of those in their care, yet they were subject to its unpredictable behavior, which forced them to relocate and rebuild. Similarly, the inculcation of new agricultural and livestock practices, a central challenge of their civilizing project, was undermined by difficulties in securing water supplies. The continuation of traditional subsistence activities and the recruitment of indigenous people into sugar mills or settlers' estancias, which resulted in their temporary absence from the missions, were thus essential to ensuring the survival of those missions, before further upheaval ultimately contributed to their permanent closure.

Keywords: Pilcomayo River. Gran Chaco. Environment. Indigenous Peoples. Missions.

Referencias

ALLAN, J. Nakteamyip General Report. **South American Missionary Society Magazine**, v. 64, n. 723, 1930.

ALLARD, Olivier. Évangéliser une terre inhabitable : Les Capucins face au défi du Delta Amacuro (Venezuela, XXe siècle). **Social Sciences and Missions**, vol. 38, nº 1–2, p. 129–159, 2025.

ALLARD, Olivier; ORANTIN, Mickaël. Économie politique des missions : perspectives depuis l'Amérique du Sud autochtone. **Social Sciences and Missions**, v. 38, n· 1–2, p. 1–12, 2025.

Archivo del Vicariato Apostólico de Pilcomayo (AVAP). **Correspondencia con Bolivia**, Carta de Pablo Stahl a Federico Velasco, 1931.

Archivo del Vicariato Apostólico de Pilcomayo (AVAP). **Correspondencia con Bolivia**, Carta de Walter Vervoort al jefe de la Gendarmería argentina en Las Lomitas, 1941.

Archivo del Vicariato Apostólico de Pilcomayo (AVAP). **Informes Misión San Leonardo**, 1933–1960.

Archivo del Vicariato Apostólico de Pilcomayo (AVAP). **Asunto: Contratación Indios**, 1943–1947.

Archivo del Vicariato Apostólico de Pilcomayo (AVAP). **Memorándum de los Padres sobre atención a los Pobladores**, Carta de Enrique Franz a Walter Vervoort, 1951.

Archivo del Vicariato Apostólico de Pilcomayo (AVAP). **Consejo Indígena Nivaclé**, 1978.

Archivo Histórico de Formosa (AHF). **Judiciales, Daño, Rosario García**, 1942.

ARENAS, Pastor. **Etnografía y alimentación entre los toba-ñachilamole#ek y wichí-lhuku'tas del Chaco Central (Argentina)**. Buenos Aires: Edición del autor, 2003.

ARNOTT, John. Misión Pilaga. Spring, 1937. **South American Missionary Society Magazine**, v. 72, n. 810, 1938.

BECK, Hugo Humberto. **Relaciones entre blancos e indios en los territorios nacionales de Chaco y Formosa (1885-1950)**. Resistencia: Instituto de Investigaciones Geohistóricas, 1994.

BEVIS, R. A. Paraguayan Chaco Notes. **South American Missionary Society Magazine**, v. 57, n. 639, 1923.

Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional (BAH-ALP). **Memoria de guerra y colonización**, La Paz, 1911.

BORRINI, Héctor R. **Poblamiento y colonización en el Chaco Paraguayo (1850-1990)**. Resistencia: Instituto de Investigaciones Geohistóricas, 1997.

BRAUNSTEIN, José. Presentación: esquema provisorio de las tribus chaqueñas. **Hacia una nueva carta étnica del Gran Chaco**, v. 4, p. 1–8, 1991–1992.

BRAUNSTEIN, José. Borrachera: guerra y alianza en la organización socio-política maká. En: BRAUNSTEIN, José; MEICHTRY, Norma (eds.). **Liderazgo, representatividad y control social en el Gran Chaco**. Corrientes: Editorial Universitaria de la Universidad Nacional del Nordeste, p. 225–236, 2008.

BRIGNON, Thomas. **Entre le bœuf et le jaguar: une histoire des relations anthropo-zoologiques dans les missions jésuites des Guarani (Paraguay, 1687-1737)**. Thèse de doctorat en études ibériques et latino-américaines, Université Toulouse Jean Jaurès. Toulouse, 2023.

CABRERA BECERRA, Gabriel. **Los poderes en la frontera. Misiones católicas y protestantes, y Estados en el Vaupés colombo-brasileño, 1923-1989**. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2015.

CAPDEVILA, Luc; COMBÈS, Isabelle; RICHARD, Nicolas; BARBOSA, Pablo. **Los hombres transparentes. Indígenas y militares en la guerra del Chaco (1932-1935)**. Cochabamba: Instituto de Misionología – Itinerarios Editorial, 2010.

CHASE-SARDI, Miguel. La situación actual de los indígenas en el Paraguay. En: GRÜNBER, Georg. **La situación del indígena en América del Sur. Aportes al estudio de la fricción inter-étnica en los indios no-andinos**. Montevideo: Tierra Nueva, 1972.

CERIANI CERNADAS, César (ed.). **Los evangelios chaqueños. Misiones y estrategias indígenas en el siglo XX**. Buenos Aires: Rumbo Sur, 2017.

CLAVERO, Bartolomé. Derechos Indígenas y Constituciones Latinoamericanas. En: BERRAONDO, Mikel (ed.). **Pueblos indígenas y derechos humanos**. Bilbao: Universidad de Deusto, 2006.

COMBES, Isabelle. **El revés de la historia. Conquistas franciscanas frustradas en el Chaco boliviano (Época republicana)**. Cochabamba: Instituto de Misionología – Itinerarios Editorial, 2022.

CÓRDOBA, Lorena; BOSSERT, Federico; RICHARD, Nicolas. **Capitalismo en las selvas. Enclaves industriales en el Chaco y Amazonía indígenas (1850–1950)**. San Pedro de Atacama: Ediciones del Desierto, 2015.

CÓRDOBA, Lorena. Mission en temps de guerre: Alfred Métraux dans le Pilcomayo. **Journal de la société des américanistes**, v. 102, n. 2, p. 45–73, 2016.

CÓRDOBA, Lorena. Crónica de un final anunciado: la breve historia de Misión Pilagá. En: CERIANI CERNADAS, César (ed.). **Los evangelios chaqueños. Misiones y estrategias indígenas en el siglo XX**. Buenos Aires: Rumbo Sur, 2017.

CÓRDOBA, Lorena. **Un escocés en el Chaco. John Arnott, misionero y etnógrafo**. Cochabamba: Instituto de Misionología – Itinerarios Editorial, 2020.

CORREIA, Joel E. Between Flood and Drought: Environmental Racism, Settler Waterscapes, and Indigenous Water Justice in South America's Chaco. **Annals of the American Association of Geographers**, v. 112, n. 7, p. 1890–1910, 2022.

COX, Alfred. Mision Pilaga. **South American Missionary Society Magazine**, v. 73, n. 821, 1939.

DALLA-CORTE CABALLERO, Gabriela; VÁZQUEZ RECALDE, Fabricio. **La conquista y ocupación de la frontera del Chaco entre Paraguay y Argentina. Los indígenas tobas y pilagás y el mundo religioso en la Misión Tacaaglé del Río Pilcomayo (1900-1950)**. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2011.

DALLA-CORTE CABALLERO, Gabriela. La Misión Indígena San Francisco Solano de Tacaaglé en las tierras fiscales de Formosa (1900–1950). **Corpus**, v. 3, n. 1, 2013.

DALLA-CORTE CABALLERO, Gabriela. **San Francisco de Asís del Laishí. Sensibilidades tobas y franciscanas en una misión indígena (Formosa, 1900-1955)**. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2014.

DE LA CRUZ, Luis María. **¿Qué pasó con los pastizales que vio Astrada? Productividad y degradación ambiental en la región del Pilcomayo medio**. Formosa, 1998.

DICKSON, Harry. Glimpses of La Paz. **South American Missionary Society Magazine**, v. 85, n. 899, 1951.

DORON, Claude-Olivier. **L'homme altéré. Races et dégénérescence (xviie–xixe siècles)**. Ceyzérieu: Champ Vallon, 2016.

DURÁN ESTRAGÓ, Margarita. **La Misión del Pilcomayo 1925–2000. Memoria viva**. Mariscal Estigarribia: Vicariato Apostólico del Pilcomayo, 2000.

DURANTON, Antoine. **Entre ciel et terre: la colonisation agricole des Antilles et de la Nouvelle-Espagne (1492–1598)**. Thèse de doctorat en histoire, École des Hautes Études en Sciences Sociales. Paris, 2025.

EVERITT, William C. Mision San Andrés. Staff Notes – August, 1931. **South American Missionary Society Magazine**, v. 65, n. 737, 1931.

FISCHER, Thomas; GRISALES HERNÁNDEZ, Marisol; PÉREZ BENAVIDES, Amada Carolina. Voces historiográficas: misiones católicas y protestantes en América del Sur, siglos XIX y XX. **Anuario Colombiano De Historia Social Y De La Cultura**, v. 52, n. 1, p. 1–29, 2024.

FLAGG, J. W. H. Carta del Paraguay. **South American Missionary Society Magazine**, v. 95, n. 961, 1961.

FRITZ, Miguel. **"Nos han salvado". Misión: ¿Destrucción o salvación?** Quito: Abya-Yala, 1994.

FRITZ, Miguel. **Pioneros en El Chaco. Misioneros Oblatos del Pilcomayo**. Quito: Abya-Yala, 1999.

FRITZ, Miguel. **100 años de presencia oblata en el Chaco. Textos escogidos**. Roma: Missionarii OMI, 2024.

GÓMEZ, Mariana. **Guerreras y tímidas doncellas del Pilcomayo. Las mujeres tobas (qom) del oeste de Formosa**. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2016.

GÓMEZ, Mariana. "Cuando reces por mí, también hazlo por los tobas". Género y conversión socio-religiosa en Misión El Toba (1930-1940). En: CERIANI CERNADAS, César (ed.). **Los evangelios chaqueños. Misiones y estrategias indígenas en el siglo XX**. Buenos Aires: Asociación Civil Rumbo Sur, p. 213–234, 2017.

GORDILLO, Gastón; LEGUIZAMÓN, Juan Martín. **El río y la frontera: movilizaciones aborígenes, obras públicas y MERCOSUR en el Pilcomayo**. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2002.

GORDILLO, Gastón. Después de los ingenios: La mecanización de la zafra saltojujeña y sus efectos sobre los indígenas del Chaco Centro-Occidental. **Desarrollo Económico**, v. 35, n. 137, p. 105–126, 1995.

GORDILLO, Gastón. **Landscapes of devils. Tensions of place and memory in the Argentinean Chaco**. Durham: Duke University Press, 2004.

GORDILLO, Gastón. **Nosotros vamos a estar acá para siempre. Historias tobas**. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2005.

GORDILLO, Gastón. Historias de los bosques que alguna vez fueron pastizales: la producción de la naturaleza en la frontera argentino-paraguaya. **Población & Sociedad**, v. 17, Seiten, 2010.

GRUBB, Henry Cecil. Argentine Chaco Notes. **South American Missionary Society Magazine**, v. 72, n. 812, 1938.

GRUBB, Henry Cecil. The Pilcomayo Floods. **South American Missionary Society Magazine**, v. 79, n. 865, 1945.

HUNT, Richard James. The Romance of the Red River. **South American Missionary Society Magazine**, v. 87, n. 908 y 911, 1953.

LANGER, Erick D.; JACKSON, Robert. H. (eds.). **The New Latin American Mission History**. Lincoln: University of Nebraska Press, 1995.

LANGER, Erick D. **Expecting Pears from an Elm Tree. Franciscan Missions on the Chiriguano Frontier in the Heart of South America, 1830-1949**. Durham: Duke University Press, 2009.

LEAKE, William Alfred. Business as Usual. At Selva San Andres. **South American Missionary Society Magazine**, v. 64, n. 721, 1930.

LEAKE, William Alfred. The Toba Mission Staff Notes. November, 1930, to January, 1931. **South American Missionary Society Magazine**, v. 65, n. 730, 1931.

LEAKE, William Alfred. The Story of the Toba Mission. **South American Missionary Society Magazine**, v. 67, n. 754, 1933.

LEAKE, William Alfred. Progress of Building New Mission. **South American Missionary Society Magazine**, v. 90, n. 926, 1956.

LEAKE, William Alfred. Reconstruction. **South American Missionary Society Magazine**, v. 90, n. 930, 1956.

LIVA, Yamila; ARQUEROS, Guadalupe. Construcción de los géneros en la educación misional de Laishí (Formosa, Argentina, 1901–1950). Acercamiento desde el análisis de un corpus fotográfico. **Historia Crítica**, n. 77, p. 81–110, 2020.

LUNA OLMOS, Lucas. **Expedición al Pilcomayo**. Buenos Aires: Guillermo Krieger, 1905.

MONGUA CALDERÓN, Camilo. **Los rostros de un estado delegado. Religiosos, indígenas y comerciantes en el Putumayo, 1845–1904**. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario – FLACSO Ecuador, 2022.

MONTANI, Rodrigo. **El mundo de las cosas entre los wichí del Gran Chaco. Un estudio etnolingüístico**. Cochabamba: Instituto de Misionología – Itinerarios Editorial, 2017.

NORDENSKIÖLD, Erland. **La vie des Indiens dans le Chaco (Amérique du Sud)**. Paris: Delagrave, 1912.

PANTER, Ernest. Mision El Yuto. Staff Notes for Quarter, January to March, 1938. **South American Missionary Society Magazine**, v. 72, n. 815, 1938.

PRIDE, Andrew. Missions to the Heathen. The Paraguayan Chaco. **South American Missionary Society Magazine**, v. 31, n. 327, 1897.

PRIDE, Andrew. "Brutes and Animals"? **South American Missionary Society Magazine**, v. 70, n. 786, 1936.

PRIDE, Andrew. The Paraguayan Chaco Mission 1888-1938. **South American Missionary Society Magazine**, v. 72, n. 816, 1938.

REVILL, Winifred. Misión La Paz. **South American Missionary Society Magazine**, v. 80, n. 870, 1946.

RICHARD, Nicolas (ed.). **Mala guerra. Los indígenas en la Guerra del Chaco, 1932–1935**. Asunción – Paris: ServiLibro – Museo del Barro – CoLibris, 2008.

RICHARD, Nicolas; FRANCESCHI, Zelda Alice; CÓRDOBA, Lorena (eds.). **La misión de la máquina. Técnica, extractivismo y conversión en las tierras bajas sudamericanas**. Bolonia: Bolonia University Press, 2021.

RICHARD, Nicolas; HERNÁNDEZ, Consuelo. "Las máquinas vienen y se van": la mecánica en una comunidad nivaclé del Chaco boreal. En: RICHARD, Nicolas; FRANCESCHI, Zelda Alice; CÓRDOBA, Lorena (eds.). **La misión de la máquina. Técnica, extractivismo y conversión en las tierras bajas sudamericanas**. Bolonia: Bononia University Press, p. 233–252, 2021.

RICHARD, Nicolas; CAPDEVILA, Luc. **Para otra historia de la guerra del Chaco. Colección de documentos y relatos sobre la ocupación militar de los territorios indígenas del Chaco boreal (1910-1960)**. Asunción/ Lima: Museo del Barro – Instituto Francés de Estudios Andinos, 2025.

SAINT, Enrique. El norte argentino en automóvil. **Revista Geográfica Americana**, v. V, n. 30, 1936.

SAMSM. Chaco Notes. **South American Missionary Society Magazine**, v. 56, n. 626, 1922.

SAMSM. Paraguayan Chaco Notes. **South American Missionary Society Magazine**, v. 62, n. 692, 1928.

SAMSM. Symbols by the Wayside. **South American Missionary Society Magazine**, v. 77, n. 850, 1943.

SAMSM. Moving with The Times. **South American Missionary Society Magazine**, v. 79, n. 862, 1945.

SAMSM. Mr. and Mrs. Leake. **South American Missionary Society Magazine**, v. 83, n. 887, 1949.

SMITH, Colin. Misión San Andrés. **South American Missionary Society Magazine**, v. 72, n. 814, 1938.

TEBBOTH, Alfred T. H. Misión "El Toba." **South American Missionary Society Magazine**, v. 72, n. 810, 1938.

TERUEL, Ana A. **Misiones, economía y sociedad. La frontera chaqueña del Noroeste Argentino en el siglo XIX**. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2005.

TRAIN, Fred. Overland to Tobaland. **South American Missionary Society Magazine**, v. 78, n. 855, 1944.

TRAIN, Fred. Paraguayan Chaco Notes. **South American Missionary Society Magazine**, v. 79, n. 865, 1945.

TORRES FERNÁNDEZ, Patricia. **Proyectos, Discursos y Políticas Misionales Anglicanas en el Chaco Centro-Occidental durante la primera mitad del Siglo XX**.

Tesis de licenciatura en ciencias antropológicas, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2006.

VIDAL, Alejandra (ed.). **El pueblo nivaĉle. Relatos históricos de su diáspora en el Gran Chaco**. Buenos Aires: Sb Editorial, 2021.

WARD, A. Voz del Chaco. **South American Missionary Society Magazine**, v. 95, n. 961, 1961.

WESTGATE, T. B. R. The New Station in the Suhin Country. **South American Missionary Society Magazine**, v. 34, n. 358, 1900.

WRIGHT, Pablo. **Ser-en-el-sueño. Crónicas de historia y vida toba**. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2008.

SOBRE O AUTOR

Antoine Rousseau es doctor en historia de la Universidad Paris 1 Panthéon-Sorbonne. Después de un cargo de docente temporario en la Universidad Paris Cité, es actualmente profesor de historia y geografía en un colegio en Francia.

Enviado em 09/02/2026

Aceito em 27/08/2026